

Después de los angustiosos apuros de la huelga, todos, burgueses y obreros, disfrutaban de la calma. Para los primeros, sin embargo, la calma tenía su mezcla de inquietud: ¿Qué sería aquella renovación social? Para los segundos, lo desconocido de mañana presentía alegrías, era la realización de esperanzas de tanto tiempo y a tanta costa sostenidas: era el fin de las penas de la miseria.

CAPITULO XI

¡A los bancos!

Todos los comités de las organizaciones sindicales estaban en actividad, continuaban casi en permanencia, dominados por una fiebre de acción que aumentaba por momentos.

No bastaba haber derribado el Estado centralizado, militarizado, expresión del derecho romano y cesáreo; la verdadera tarea comenzaba desde el instante de aquella caída: era necesario continuar la marcha de la máquina social; sobre todo era urgentísimo asegurar las subsistencias, evitar el hambre.

Sobre esas dificultades de primer orden aparecieron las molestias, felizmente relativas, suscitadas por los obstinados partidarios del etatismo socialista, empeñados en desviar la revolución hacia las vías gubernamentales. Su decepción de no haber podido instaurar un poder cualquiera en el Hotel de Ville no les hizo desistir de su proyecto. Estaban confu-

sos, pero no convertidos. La frecuentación de los medios parlamentarios y la práctica legiferante les impedía comprender el movimiento; su alcance no cabía en las facultades intelectuales de aquellos hombres, que ya creían la revolución perdida. Sin embargo, su intervención no fué nefasta, gracias a su habitual lentitud y a aquellas discusiones ociosas, que se perpetúan sin resultado, a que les había acostumbrado el parlamentarismo. Los sindicalistas se les anticiparon por su actividad y rapidez; entre ellos las discusiones eran breves, las decisiones prontas y la ejecución seguía sin la menor dilación. Esa superioridad anuló a los parlamentarios de la revolución, quienes, faltos de apoyo, se agitaban en el vacío, agotándose en esfuerzos que habían de quedar sin sanción, ya que todas las fuerzas sociales se dirigían a los organismos corporativos.

La regresión gubernamental fué, pues, evitada, y, una vez despejado el terreno, libre de todas las superfetaciones políticas, correspondió a los mismos interesados, reunidos en sus sindicatos, a las Bolsas del Trabajo, a la Confederación, realizar directamente las condiciones de la nueva vida.

El primer cuidado fué no recaer en los errores de 1871. El recuerdo de la Comuna,

que montaba la guardia en los sótanos del Banco de Francia, cuyos millones sirvieron después para alimentar la represión versallesa, dominaba, era muy tenido en cuenta, y no era posible incurrir en la misma falta. Los revolucionarios tenían el sentido de las realidades sociales y no creían su triunfo definitivo por haber derribado la fachada de la vieja sociedad, el parlamentarismo. Por lo mismo, en la primera noche de la victoria popular, el Comité Confederal, previo acuerdo con el sindicato de los empleados de Banco, decidió la toma de posesión del Banco de Francia, de la Caja de Depósitos y Consignaciones y de los grandes establecimientos financieros, sin distinción entre las casas de banca o de crédito precedentes del Estado o de capitales privados.

Se adoptó que se daría descargo provisional a los interesados, y que esas riquezas, consideradas como propiedad social, servirían, esperando la reorganización normal, para hacer frente a las necesidades sociales y para asegurar el consumo. Se estipuló además que se tendría cuenta de los depósitos respectivos de los particulares, de los cuales podrían continuar usando para necesidades de cambio bajo forma de cheques.

Esas operaciones dieron lugar a manifesta-

ciones de un carácter especial. Los residuos de los partidos de reacción, que pudieran calificarse de prehistóricos, creyeron la ocasión propicia para mostrarse a la atención pública. Aquellos tardígrados, que creyeron imponerse mezclando su grito de «viva el rey» con el de «mueran los judíos», intentaron desviar al pueblo amotinándole únicamente contra el capital judío, contra los bancos semitas; pero la acogida que se les hizo les probó su retraso: fueron silbados y rechazados de manera vigorosa por los trabajadores, quienes no se dejaron coger por sutilezas trasnochadas. La lección fué dura y provechosa, y el intento resultó un perfecto fracaso.

Un espectáculo de orden muy diferente — de gran sensación, porque ponía al descubierto viejas miserias, y consolador a la par, porque anunciaba su fin sin reproducción posible — fué la operación de desempeño de objetos, de valor grande o pequeño, depositados en el Monte de Piedad. El procedimiento fué sencillo y expeditivo: todos los desempeños eran gratuitos.

En las multitudes que hacían cola en el establecimiento no había solamente proletarios; hallábanse también comerciantes y patronos, quienes, ante los apuros del vencimiento de

letras, se habían visto obligados al préstamo sobre alhajas. Estos mismos, aunque el orden de cosas que se instauraba no les inspiraba grandes simpatías, en el fondo de su mirada lucía una íntima satisfacción, pensando que si la revolución les causaba grandes disgustos, al menos se inauguraba de una manera amable.

Después del triunfo, se tomó espontáneamente otra medida: formáronse grupos de escritores revolucionarios y de obreros impresores para asegurar la reaparición de los diarios. Habiéndose trastornado las condiciones sociales, también habían de sufrir el consiguiente trastorno las condiciones editoriales. Antes los diarios habían sido preciosos instrumentos de dominación para el capitalismo, sirviéndose de periodistas y tipógrafos: unos y otros se veían obligados a prescindir de su criterio, de sus opiniones, de sus intereses de clase, y ponerse al servicio de ideas consideradas en su fuero interno como falsas, deletéreas y perniciosas, forzados por la necesidad de ganarse su sueldo o su jornal, único medio de subsistencia a su alcance.

En lo sucesivo, no siendo ya el trabajador siervo del capitalista, abolido el salario, las condiciones de producción de los diarios habían de ser diferentes: no podían ser sino el producto

del acuerdo y del esfuerzo, material e intelectual, de los obreros de toda categoría, puestos en práctica para lanzarlos a la circulación. Por consecuencia, habían de traducir las aspiraciones y reflejar las esperanzas del pueblo.

Inmediatamente también, todos los sindicatos tomaron sus medidas para la vuelta al trabajo en todos los ramos de la producción.

Pareció sentirse el término de horrible tormento y la señal de apacible calma cuando se vieron las calles limpias y libres de toda pestilencia por la acción de los obreros de la limpieza pública; y se celebró con inmensa alegría la aparición de la luz en las bombillas y arcos eléctricos y cuando el gas flameó en los candelabros y reverberos.

Sobre todo, el problema urgentísimo consistía en asegurar la alimentación.

A su solución se dirigieron. La necesidad obligó frecuentemente a dedicarse a la tarea en condiciones defectuosas provisionales, pero, con inteligencia y buena voluntad, todo se corregía inmediatamente.

La toma de posesión se organizó con método.

Abolido el Estado, no había ya traba alguna que contrariara el desarrollo de los instintos populares: el espíritu de concordia iba a flore-

cer dando vida a las tendencias comunistas constantemente comprimidas por la autoridad.

Iba a reanudarse la tradición entre la ciudad nueva y las comunas de la Edad Media, en cuyo seno germinó un comunismo rudimentario, detenido en su desarrollo por el centralismo gubernamental.